

2^{DO} FASCÍCULO

wayna
Bosco

Raíces de
La Espiritualidad Salesiana
San Juan Bosco



A detailed pencil sketch of Don Bosco, showing his face and upper torso. He has dark, wavy hair and is wearing a high-collared shirt. The drawing is done in a fine-line, cross-hatched style.

**SEGUNDO
ENCUENTRO**

**RAÍCES DE LA ESPIRITUALIDAD
DE DON BOSCO**

Congregación Salesiana del Perú

Av. Brasil N° 218 Lima 5 - Perú

<http://salesianos.pe/>

<http://www.pastoraljuvenil.pe/>

Han colaborado en el trabajo y la edición:

P. Martín Cipriano SDB

Delegado Inspectorial para la Pastoral Juvenil

Equipo de trabajo

Alexander Guerrero Troncos

Javier Temoche Quesada

Lima, 2021

Equipo de edición

Centro Salesiano de Comunicación: Renato Luna

Corrección de estilo: Stephanie Diez

Diagramación: Centro Salesiano de Comunicación

1. OBJETIVOS:	a) Descubrir cómo Don Bosco toma contacto con las distintas biografías de santos y sus pensamientos y cómo extrae de esas experiencias las bases de su espiritualidad.
	b) Entender cómo Don Bosco se relaciona con Dios de una manera específica y única.
	c) Subrayar la importación de las buenas lecturas, en la configuración de la propia espiritualidad y "santificación" personal.
	d) Valorizar adecuadamente, a la luz de la espiritualidad salesiana, el trabajo y lo cotidiano, como lugar de vida y santificación.

2. CONTENIDOS	Las raíces de la espiritualidad de Don Bosco.
	Las raíces de la espiritualidad de Don Bosco: antecedentes genéticos.
	La espiritualidad en el sueño de los 9 años.

3. Lecturas previas, sesión y trabajo grupal. Compromisos

LECTURA 1 LAS RAÍCES DE LA ESPIRITUALIDAD DE DON BOSCO¹

CARLITOS DA FRANCA, SDB

Continuamente nos preguntan por qué nos llamamos salesianos, salesianas, familia Salesiana, si nuestro fundador es San Juan Bosco y no Francisco de Sales. Respondemos que fue voluntad de Don Bosco al fundarnos y poner como patrono principal a San Francisco de Sales, porque era el modelo de inspiración para el proyecto de caridad pastoral que emprendía esta sociedad.¹ Para él era un punto de referencia obligatorio para comprender el carisma que Dios le había concedido.

Ahora, si bien es cierta esta referencia a san Francisco de Sales en aspectos fundamentales de la opción de Don Bosco, también es cierto que en él no se agotan sus referencias espirituales. El soporte de la experiencia de discípulo misionero, seguidor de Jesús, hecha por el «Padre y Maestro de la Juventud»² es más amplio. Él va a integrar de manera armónica y equilibrada una variedad de corrientes espirituales para dar respuestas a los retos que le presenta el dinamismo de caridad juvenil que arde en su corazón. Pues busca que la santidad sea de fácil acceso para los jóvenes. En un apasionante camino espiritual, bajo la guía de san José Cafasso, encontrará un humus espiritual muy rico que lo integrará en un movimiento de caridad y espiritualidad popular dentro de su iglesia local.

¹ Tomado de <http://vincentians.com/es/las-raices-de-la-espiritualidad-de-don-bosco/>

Como dice Valentín Viguera, «La espiritualidad salesiana de san Juan Bosco que, si bien se enraíza en esa corriente más amplia que proviene de san Francisco de Sales, es, sin embargo, específica y original del santo piemontés. La espiritualidad salesiana, hoy vivida por muchos grupos de la gran familia de Don Bosco, hace referencia al espíritu del fundador, más que a la del patrono y titular».³ Es por eso que al buscar las raíces de nuestra espiritualidad salesiana vivida por Don Bosco, no solo debemos investigar y meditar a San Francisco de Sales, sino adentrarnos en el misterio de la vida de Juan Bosco.

La originalidad carismática de Don Bosco se fue fraguando progresivamente desde su infancia, y se definió con una síntesis propia y original en la compleja sociedad turinesa de mediados del siglo XIX, con las orientaciones espirituales y pastorales de José Cafasso, su maestro espiritual.

La espiritualidad de san Juan Bosco es un carisma inspirado por el Espíritu Santo como respuesta a las realidades juveniles. Vibraba en el corazón del campesinito de I Becchi la caridad de Dios, con una sensibilidad por el mundo juvenil, que se fue manifestando y desarrollando desde su infancia. Ya sacerdote, Dios lo sembró en la dramática realidad de los jóvenes campesinos que habitaban los suburbios. Ellos eran víctimas y piezas fundamentales del devenir histórico de la sociedad turinesa, que sirvió de escenario para el desarrollo industrial y los cambios políticos que harán nacer a Italia. Esta es la razón histórica de sus opciones pastorales y el contexto preciso donde crece espiritualmente y elabora su síntesis existencial entre fe y vida,⁴ como parte de todo un movimiento eclesial. Por ende, «para entender a Don Bosco es necesario confrontarse con su tiempo, aun a

sabiendas de que él tiene una personalidad sobresaliente y unos rasgos muy originales». ⁵

Su originalidad es fruto de la acción de Dios en su vida y de su actitud de discípulo misionero. Él mismo siente y da testimonio que Dios Padre es quien fue fraguando con paciencia, en un sinfín de acciones providentes, una propuesta original de espiritualidad y una respuesta pastoral adecuada a la realidad juvenil y popular. ⁶

Él mismo nos cuenta que para capacitarlo Dios se valió del testimonio de seguimiento de Cristo y el acompañamiento de Mamá Margarita, don Calosso, su amigo Comollo, el teólogo Borel y de don Cafasso. Y con la orientación y apoyo de Cafasso integró armónicamente una variedad de corrientes espirituales que hicieron referencia al camino de santidad de Francisco de Sales, Felipe Neri, Alfonso María de Liguorio, Vicente de Paúl, Ignacio de Loyola. Fue así como en el dinamismo de su crecimiento personal, fue integrando elementos propios de las personas significativas que Dios puso en su camino y de las diversas corrientes espirituales que dieron origen a una síntesis original.

Como señala Desramaut, «Don Bosco fue original como todo espíritu fiel a sí mismo que no quiere reducirse a ser solamente espejo de los modelos que encuentra. Nunca buscó destacarse por su singularidad... Se sentía dentro de una tradición recibida de su mundo espiritual que le era más propio; como era, más o menos, la de los alfonsianos y, de manera general, la de los mejores autores recientes de su país hacia 1850 y 1860». ⁷

Por eso, nos acercaremos al contexto histórico de la época posnapoleónica y neointustrial que dio origen a la unidad italiana y transformó la organización política

de la Iglesia, para comprender el «humus espiritual turinés» de donde se nutrirá Don Bosco con la savia de la espiritualidad ignaciana, alfonsiana, filipina, lazarista que produjo en él una espiritualidad propia, que recapitula todas las corrientes de la espiritualidad de su tiempo.⁸

Veremos cómo «Diversos rasgos de su espíritu hacen de él un maestro espiritual original del siglo XIX... Don Bosco vivió una experiencia espiritual concreta, apoyada ciertamente en las tendencias de su nación, guiado por maestros y dentro de una coyuntura histórica especial; pero, al mismo tiempo, una experiencia histórica singular, no solo porque se sometió a las indicaciones providenciales, sino sencillamente porque le afectó personalmente. No fue ni Felipe Neri, ni Antonio María Zacaria, ni Cayetano de Thienne, ni Alfonso de Ligorio, ni José Cafasso, a pesar de la admiración incondicionada que tuvo por estos santos: él fue.»⁹

Descubriremos en Juan Bosco a un hombre auténtico que, fiel a sí mismo, fundamentó su vida en Dios, en comunión con la Iglesia, como respuesta de caridad, que asume para sí el dinamismo pascual de Jesús de Nazareth, según las inspiraciones del Espíritu Santo, en lo cotidiano, haciendo referencia a la presencia materna de la Virgen María como madre, modelo y auxilio. Por eso se nos presenta como una referencia válida para hacer nuestro ese mismo dinamismo espiritual que nos permita ser auténticos y dar el aporte que Dios espera de nosotros en esta sociedad actual: «Con Don Bosco y con los tiempos», como decía el lema del centenario de la muerte de Don Bosco.

Don Bosco es padre y maestro en nuestro camino a la santidad, en él encontraremos pistas valiosas para seguir

a Jesús dentro de la Iglesia, en la sociedad actual, pues él enfrentó retos muy similares a los nuestros haciendo un camino de discernimiento y acompañamiento espiritual que le permitió construir una espiritualidad adecuada a los retos de la realidad juvenil de su tiempo.

Estamos convencidos de la actualidad del carisma que Dios regaló a la Iglesia a través de la vida y obra de san Juan Bosco y nos sentimos atraídos por su testimonio de tal manera que es la referencia espiritual que nos cohesiona y orienta en nuestro camino de santidad.

Basándonos en los aportes de las investigaciones de Massimo Marccocchi y del P. Fernando Peraza buscaremos acercarnos a las personas significativas que le sirvieron de modelo y están al origen de su experiencia espiritual, y de las corrientes espirituales que nutrieron la santidad de san Juan Bosco. El presente recorrido busca ayudarnos a comprender la variedad de fuentes que nutrieron este raudal juvenil de espiritualidad que Dios nos ha regalado. Esperamos que este esfuerzo de reflexión crítica nos ayude a vernos reflejados en Don Bosco y su experiencia para descubrir las invitaciones que Dios nos hace en nuestra vida personal.

1.- Escenario en el que creció su espiritualidad

Juan Bosco nace en el entonces reino de Piamonte después de la derrota de Napoleón en Waterloo. La expansión del poderío napoleónico había llegado al Piamonte con la «campana de Italia» emprendida por Bonaparte del 1796 al 1797. Esta dominación política francesa aniquiló los residuos de las viejas estructuras feudales, despertó la conciencia ciudadana y patriótica del pueblo, y renovó las estructuras administrativas y políticas; pero al mismo tiempo trajo un concepto racionalista y

anticlerical del Estado y de la política. La gente sufrió un fuerte desconcierto social, ético y religioso, máxime con la supresión del Estado Pontificio y de los derechos de la Iglesia, la cautividad del Papa Pío VII en Savona (1809-1812), la dispersión de las órdenes religiosas y la división del clero. Después de Waterloo (1815) comenzará la reacción del absolutismo, que estaba ya herido de muerte, que se conoce como la época de la Restauración.

Don Bosco se formó en el clima espiritual propio de la restauración. Época que pretendió reconstruir el tejido cristiano de la sociedad, desgarrado por la revolución francesa. Con el convencimiento de que estaba en acto una grandiosa operación diabólica orientada a destruir los designios de Dios, de los que la Iglesia es guardiana, y de que era necesario contener los asaltos del maligno y reconquistar la sociedad para Dios y para la Iglesia.¹⁰

Pero el rigorismo que caracterizará la espiritualidad de esta época ejercerá influencias en este humilde campesino de manera tardía, particularmente al entrar en el seminario, pues en su infancia cuenta con el cuidado espiritual de su mamá y de don Calosso, quienes resultan significativos y determinantes en su camino espiritual y le ayudan a tener un acercamiento cálido a Dios en lo concreto y cotidiano, a formarse una visión paterna de Dios, providente, siempre presente, que nos motiva a la caridad y al perdón.

2.- Personas y acontecimientos que lo inspiraron

2.1.- Mamá Margarita

Juan, nace en una familia de profunda vida espiritual, en un caserío donde se sentía el influjo laicistas de la época en la pérdida del temor de Dios.¹¹ Es iniciado en

la fe y en el catecismo por su madre¹² que fue referencia fundamental en su vida espiritual.¹³ Ella supo transmitirle la visión optimista de la vida basada en la paternidad providente de Dios, en los momentos trágicos de su infancia,¹⁴ le enseñó a tener una mirada contemplativa de la naturaleza y disfrutar la cercanía de Dios que nos conoce profundamente y siempre nos ve.¹⁵ Le enseñó la devoción filial y tierna a la Virgen.¹⁶

Margarita lo va orientando en cada momento con palabras oportunas, firmes y llenas de una profunda espiritualidad de seguimiento radical de Jesús. Sus orientaciones espirituales son constantes, oportunas, concretas y significativas.

Al prepararlo para la primera comunión recuerda Juan que *«durante la Cuaresma me llevó tres veces a confesarme. Me repetía: Juanito, Dios te va a hacer un gran regalo; procura prepararte bien y confesarte sin callar nada. Dilo todo, arrepíentete de todo y promete a nuestro Señor que vas a ser mejor. Así lo hice, y solo Dios sabe si he sido fiel a mi promesa. En casa me hacía rezar o leer algún buen libro y además me daba aquellos consejos que solo una madre amorosa sabe dar a sus hijos.»*¹⁷ Y ese día tan especial, para sellar el amor a Jesús, con su actitud y sus palabras, lo hizo un acontecimiento trascendental en la vida de Juan: *«Aquella mañana no me dejó hablar con nadie. Me acompañó a la Comunión e hizo conmigo la preparación y acción de gracias, mientras el padre Sismondi, vicario parroquial, la dirigía fervorosamente en alta voz, y alternándola con todos. No quiso que durante aquel día me ocupase en ningún trabajo manual, sino que lo empleara en leer y en rezar. Entre otras muchas cosas que me dijo ese día, recuerdo sobre todo las siguientes: Hijo querido, este ha sido un día muy grande para ti. Estoy persuadida de que Dios verdaderamente ha tomado*

*posesión de tu corazón. Prométele ahora que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo comulga con frecuencia, pero cuidate de cometer sacrilegios. En confesión di siempre todo lo que tienes que decir; sé siempre obediente, participa siempre con gusto al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones».*¹⁸

Su madre fue quien le brindó, desde pequeño, una auténtica dirección espiritual, que él descubrió como un secreto para su bienestar y crecimiento. Esto lo ayudará en el futuro a confiarse en su director espiritual, a pesar de lo fuerte de su carácter. Dice el mismo Juan: «*Recordé los avisos de mi buena madre y procuré ponerlos en práctica y me parece que desde entonces hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en lo que refiere a la obediencia y a la sumisión a los demás, que eran cosas que me costaban mucho, de manera que, cuando alguien me daba alguna orden o me hacía alguna advertencia, yo siempre buscaba disculparme con razones pueriles*».¹⁹ No solo conversaban, la relación profunda con su madre le brindaba la seguridad que necesitaba de niño para mantenerse firme en las exigencias del evangelio.²⁰ Giacomo D'Aquino señala: «*Durante su vida lo acompañarán no solamente las palabras y el ejemplo de la madre sino, sobre todo, la 'confianza primera' construida en relación a ella*».²¹

Cuando en su adolescencia tiene la crisis por la elección de estado, y se pregunta si entrar al Seminario o al Convento de la Paz, su párroco pensaba en el apoyo económico a mamá y aconsejaba por eso el seminario; en cambio, Margarita centró a Juan en Dios que está por encima de todo diciéndole: «*Te aconsejo mucho que examines el paso que vas a dar y que después sigas tu vocación sin preocuparte de nadie. Pon por delante*

de todo la salvación de tu alma. El párroco me pedía que te disuadiese de esta decisión teniendo en cuenta la necesidad que pudiera yo tener de ti en el porvenir. Pero yo te digo que en asunto así no entro, porque Dios está por encima de todo. No tienes que preocuparte de mí. Nada quiero de ti. Nada espero de ti. Tenlo siempre presente: nací pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre. Más aún te lo aseguro, si te decidieras por el clero secular y, por desgracia, llegaras a ser rico, ni una vez pondría los pies en tu casa».²²

Quando todo estaba preparado, en medio de la alegría que motivaba la partida de Juan al seminario, mientras todos celebraban, Margarita estaba en actitud contemplativa, y antes de su partida le dice: *«Querido Juan, has recibido la sotana sacerdotal y yo he experimentado el más grande consuelo que una madre puede sentir al ver la felicidad de su hijo. Pero recuerda bien que no es la apariencia sino las virtudes lo que honra a un sacerdote. De manera que si alguna vez llegaras a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no dudes en dejar la sotana, antes que deshonrarla. Bien sabes que yo prefiero que seas un pobre campesino y no un sacerdote negligente. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen y te recomendé la devoción a nuestra Madre cuando comenzaste los estudios, ahora te digo que te entregues del todo a Ella, aprecia a los compañeros devotos de María, y si llegas a sacerdote, inculca y propaga siempre su devoción»*.²³

Después de celebrar su primera misa en su pueblo Juan recuerda que: «Aquel día mi madre, cuando ya estuvimos totalmente solos, me dijo estas memorables palabras: “Ya eres sacerdote, ya dices misa; en adelante estás más cerca de Jesús. Pero acuérdate que empezar a decir misa quiere decir empezar a sufrir. No te darás cuenta enseguida, pero

poco a poco verás que tu madre te ha dicho la verdad. Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, mientras yo viva y cuando muera: esto me basta. Tú en adelante, piensa solamente en la salvación de las almas sin cuidarte para nada de mí”». ²⁴

Estas referencias que nos regala el mismo Juan nos hacen ver cómo, a pesar de ser analfabeta y contar como única fuente de formación el catecismo y los sermones que pudiera escuchar, cada uno de sus consejos van acompañados de la sabiduría de Dios y sirven para centrar a Juan en el seguimiento de Cristo.

Además, Juan tiene la dicha de disfrutar el testimonio de la santidad propia del humanismo devoto en su madre. Los principios espirituales basados en Francisco de Sales, Alfonso María Liguori, Vicente de Paúl y Felipe Neri, que estudiará en el Convitto y en los que le insistirá José Cafasso, vendrán a esclarecer y reafirmar una convicción de santidad concreta y popular que para él tienen el arraigo profundo del testimonio de su madre.

Ella, en su condición laical y popular, supo estar atenta e interpretar pacientemente las inquietudes de su pequeño, se atrevió a confiar en él y apoyar su ardor de caridad, aun a costa de grandes sacrificios. ²⁵ Le dio lecciones de fe con su conducta. ²⁶ Es Margarita la referencia más fontal en la espiritualidad de su hijo, no solo le dio a luz para la vida terrena, lo hizo nacer a la fe y acompañó gran parte de su camino, compartiendo como María lo hiciera con Jesús, las aventuras de la misión que Dios le encomendó a su hijo.

2.2.- Las misiones populares

Otro factor importante en su crecimiento espiritual con una visión más humanista fueron las misiones populares.

Como él mismo nos cuenta, cuando era niño participaba de las misiones²⁷ que motivaban una espiritualidad popular muy distante a las ideas rigoristas. Las Misiones Populares que escuchaba con tanta atención, como bien lo expresa el P. Peraza, penetraron su mensaje evangélico hasta lo más profundo de su ser, llegando a ejercer su influencia en el llamado sueño de los nueve años.²⁸ Estas misiones eran fundamentales en la animación espiritual del pueblo, y había echado sus raíces en ellas y otros ejercicios populares promovidos también por los institutos religiosos, como los vicentinos y capuchinos, y la pastoral familiar de las parroquias.

Eran iniciativas promovidas por los mismos santos padres para la formación del pueblo, buscando animarlos en su vida espiritual.

2.3.- Don Calosso

Fue en el camino de regreso de unas misiones predicadas en Butigliera que Juanito conoce a don Calosso, como él mismo nos narra en las Memorias del Oratorio.²⁹ Este anciano capellán de Murialdo será su prototipo sacerdotal, un padre, amigo, que brindó en su relación el calor de una casa, el compartir alegre de un patio, la formación y celebración de la fe propia de una parroquia, y la maduración intelectual e información de una escuela.

Sale a su encuentro en el camino de regreso y mostrando una preocupación tierna por él, se involucra en su vida encarnando la paternidad de Dios y brindándole todo su apoyo. En corto tiempo llegó a ocupar un puesto fundamental en la vida de Juan y ser un padre espiritual para él. Lo ayudó a superar ciertas prácticas rigoristas respecto a las penitencias, la comunión y confesión, y, sobre todo le enseñó a gustar la vida espiritual. Dice él mismo,

en sus memorias: «Me puse en seguida en las manos de don Calosso, que hacía unos meses había venido a aquella capellanía. Le di a conocer tal como era. Él sabía lo que yo hablaba, mi manera de pensar y de comportarme. Esto le agradó muchísimo pues así me podía dirigir, con fundamento, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Conocí entonces lo que significa tener un guía estable, un fiel amigo del alma, del que hasta entonces había carecido. Entre otras cosas, me prohibió en seguida una penitencia que yo acostumbraba a hacer, porque no era proporcionada ni a mi edad ni a mi condición. Me estimuló a la frecuencia de la confesión y de la comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación, o mejor, un poco de lectura espiritual. Los días festivos pasaba con él todo el tiempo posible, y durante la semana siempre que podía le ayudaba la santa misa. Así comencé también yo a gustar la vida espiritual, pues hasta entonces la vivía por costumbre, como una máquina, sin entender lo que hacía».³⁰

Experimentará por él un amor profundo, escribirá: «lo quería más que un padre, rezaba por él y con gusto le prestaba cualquier servicio. Además, gozaba cuando podía hacer algo por él, hasta diría que estaba dispuesto a dar la vida por complacerlo». Su muerte va a generar en él una fuerte crisis, llegando a decir que: «Con él morían todas mis esperanzas». Es esta relación profunda la que se volverá paradigmática en la vida de Juan. En el esquema de los diálogos que sostiene con sus muchachos él repite a Don Calosso, el estilo de su trato busca brindar la misma caridad que le hizo experimentar la felicidad verdadera, la comunión profunda. Terminará despertando el mismo afecto entre sus muchachos, por ejemplo, haciéndole surgir espontánea la expresión «Fraile o no fraile, yo me

quedo con Don Bosco» a Cagliero cuando Don Bosco le hacía la propuesta de fundar la Congregación. Las líneas que haya podido leer sobre la amabilidad de San Francisco de Sales y los testimonios de Felipe Neri, solo reafirmarían una convicción profunda que tiene por fuente la experiencia de esta relación de paternidad espiritual centrada en Dios.

2.4.- Luis Comollo

Después de la muerte de don Calosso, en su adolescencia, cuenta también con el acompañamiento espiritual de un amigo íntimo que lo ayudará a crecer y creará en él la convicción de la capacidad que hay en los jóvenes para alcanzar la santidad y orientar espiritualmente a otros jóvenes. Dice lo siguiente: «De él aprendí a vivir como un buen cristiano. Le di toda mi confianza y lo mismo hizo él conmigo. Nos necesitábamos mutuamente. Yo, de su ayuda espiritual, y él, de mi fuerza física, ya que Comollo, siendo muy tímido, nunca pensaba en defenderse, ni aún ante los peores insultos; mientras que yo, por el valor y la fuerza que tenía, era respetado aún por compañeros de mayor estatura y más robustos que yo».

Fue Comollo, quien, con gran amabilidad y firmeza, lo invitó a dominar el ímpetu de su carácter, cuidar sus expresiones de respeto por Jesús en los pequeños detalles. A su corta edad llegó a despertar tal admiración en Juan, que con sabia humildad supo acoger sus consejos. «Admirado por la caridad de mi amigo me puse en sus manos, dejándome guiar a donde quería y como quería. Junto con Garigliano nos íbamos a confesar, a comulgar y hacíamos la meditación, la lectura espiritual, la visita al Santísimo y acolitábamos

la Santa Misa. Cuando quería invitarnos, lo hacía de una manera tal, y con tanta bondad y delicadeza, que era imposible negarnos».

Juega un papel providencial en la crisis de la elección de estado, cuando su confesor no quiso inmiscuirse en el tema de su vocación y en el periodo de sequedad y distanciamiento de los formadores fue un oasis de espiritualidad para él y sus compañeros de seminario, un modelo de santidad juvenil, construida en lo cotidiano. Llegará a afirmar: que la conducta de Comollo era la suma de pequeñas virtudes que lo hacían un espejo de singular virtud.

Convencido de su santidad y lleno de admiración por él, tendrá por objetivo al escribir la biografía de su amigo Luis Comollo, no solo perpetuar la memoria del compañero recientemente fallecido, sino que siguiera siendo un estímulo, cercano y conocido, de santidad para ellos. Había sucedido, en efecto, que en Chieri la devoción a Comollo, muerto el 2 de abril de 1839, había llegado rápidamente a degenerar en fanatismo. Los mismos seminaristas saquearon su tumba para hacer de su ropa reliquias y alguno tuvo la osadía de llevar, con la misma finalidad, clandestinamente, un dedo del difunto a Don Bosco, que entonces vivía en el *Convitto Ecclesiástico* de Turín.

A través de los hechos de la vida de Comollo, Don Bosco les dice qué es lo que de veras el compañero fallecido espera de ellos, para que puedan «llegar a ser óptimos sacerdotes de la viña del Señor». En las tres sucesivas ediciones, de 1854, 1876 y 1884, hace la propuesta de la santidad para todos los jóvenes. Más aún, como dice explícitamente en la última edición (1884), «para todo

cristiano» que busque de veras su salvación. Su divulgación se hace entonces en un fascículo de las Lecturas Católicas. En la primera edición de 1844, los hechos ordinarios dominan la narración. En 1884 incluye Don Bosco datos que revisten un carácter excepcional. Luego, teniendo en cuenta que hechos como los de las apariciones después de muerto podrían aparecer como invenciones devotas del autor, aclara de inmediato que puede asegurar que todo cuanto ha escrito «es la pura verdad». Que se trata de hechos y palabras vistos y oídos por Don Bosco. Por eso, podemos afirmar con toda propiedad que fue una persona muy significativa en el camino espiritual de Don Bosco, un testigo que lo convenció de que era posible la santidad y lo enseñó valorar los pequeños detalles de amor como algo extraordinario. Elementos esenciales en su propuesta de Espiritualidad Juvenil Salesiana.

2.5.- El Seminario de Chieri.

En su preparación al sacerdocio, una vez terminados sus estudios en Chieri, Juan hubiera podido permanecer como externo, tanto más que el ambiente de la ciudad era sano y sereno. Sin embargo, había buscado la vida «prácticamente claustral» del internado para potenciar su esfuerzo ascético y espiritual con el ansiado acompañamiento de sus superiores, después de la crisis vocacional del año anterior, a la que había contribuido la disipación en que vivió los años del Gimnasio.

Pero su deseo no logró hacerse realidad. En las Memoria del Oratorio, Don Bosco nos deja ver un juicio bastante duro sobre sus superiores de Seminario, que aun siendo bastante jóvenes, pues sus edades oscilaban entre los 28 y 45 años, tenían una mentalidad de tipo rigorista y disciplinar. Eran exigentes con los clérigos,

entre quienes, por desgracia, había también sujetos de mala conducta y ambiguos en sus opciones por el sacerdocio. Entonces el clima humano que se respiraba era de aislamiento y desconfianza. Don Bosco hace notar su frustración en este sentido.

Los aspectos negativos que encuentra, sea en el trato con los formadores, como en el ambiente moral del Seminario, producen en él «una cierta inhibición afectiva» que solo puede superar gracias a las amistades profundas que cultiva y de las que deja algunos pincelazos significativos tanto en las Memorias del Oratorio como en la biografía que en 1844 escribió de Luis Comollo y en la carta enviada al P. Félix Giordano el 16 de abril de 1843 sobre su compañero José Burzio.

Esta situación del Seminario de Chieri era la situación generalizada en los Seminarios del Piamonte y del resto de Italia. Reflejaba la compleja y desgastada realidad eclesial que siguió a los abusos y arbitrariedades causados por la Revolución francesa y el régimen napoleónico. No era entonces extraño que las orientaciones formativas en la época de la Restauración (1814), y para el Seminario de Chieri las del obispo Colombano Chiaverotti, se basasen en los pilares de «la piedad, el estudio y la disciplina». Buscaban con ello la reforma y potenciamiento espiritual de los clérigos, que los hiciera capaces de contrarrestar la mentalidad y las costumbres de una sociedad no solo permisiva, sino disoluta.

Y, no obstante, el aspecto disciplinar que revisten estas reglamentaciones, los Arzobispos Chiaverotti y Frasoni, que rigieron la arquidiócesis de 1818 a 1831, y desde 1832 a 1862 respectivamente, insisten en las «convicciones internas de fe y de amor» con las cuales hay

que acercarse a la oración y a los sacramentos. La serie, pues, de prácticas de piedad que iban acompañando la jornada de los clérigos, deberían fomentar en ellos ese espíritu de piedad, sólido y convencido que luego pudieran testimoniar y difundir en el pueblo cristiano.

En seminarios como el de Chieri, y dentro de la mentalidad «reformadora del clero», se buscaba plasmar una conciencia pastoral más delicada. El no permitir la frecuente comunión tenía que ver con el respeto a la «santidad» de este sacramento, dentro de una mentalidad «jansenista». Parecía, en efecto, que otra praxis más «benigna» llevaba a hacer las cosas demasiado fáciles y al relajamiento de la vida cristiana.

Esta orientación no cambiará hasta 1875, cuando el arzobispo Lorenzo Gastaldi asumiendo las nuevas exigencias pastorales realice un cambio significativo al respecto. No se trataba de seguir reprimiendo la vida sacramental por temor a los abusos y al laxismo ético, se trataba de crear una nueva mentalidad apostólica en el clero, con nuevos criterios pastorales, dentro de la revitalización eclesial que el prelado había emprendido desde el primer Sínodo Diocesano, celebrado en Turín del 25 al 27 de junio de 1873. Al tema dedicó cinco Cartas Pastorales y en el «Reglamento» escrito por él en 1875 para sus Seminarios, consideraba la posibilidad de que los clérigos, de acuerdo con su «director de conciencia», pudieran acceder todos los días a la Sagrada Comunión.

En el Seminario, las obras que podían ser objeto de su estudio y lectura, varias de ellas, se puede decir que pertenecían a una corriente de publicaciones que, bajo el título general de «Biblioteca escogida» (*Scelta biblioteca*), surgió en 1829 para evitar criterios

de otros autores menos rigurosos que pudieran llevar al relajamiento de la conciencia moral de los fieles. La visión de la historia que adquiere Juan Bosco en el Seminario es religiosa. Una historia hecha de gracia y de pecado, de providencia de Dios y de esfuerzo personal y social del hombre. Don Bosco también leyó que la historia de la Iglesia no es solo de triunfos sino de pecado. Pero él subrayará que a pesar de sus llagas y de sus miserias la Iglesia supera las dificultades, se purifica en las persecuciones y en las luchas, y triunfa de sus adversarios. La figura del Papa es para Don Bosco como la personificación de esta Iglesia, que él contempla y estudia con los ojos y los sentimientos de un hijo que, aun constatando todas sus limitaciones, la ama y respeta. Algunos tratados de teología estudiados en esos años son enunciados por Don Bosco: el De Eucaristía de Pedro Gazzaniga, dominico y el *De Poenitentia* de José Antonio Alasia.

2.6.- El «Convitto Ecclesiastico»

Una vez ordenado sacerdote Juan es invitado por Don Cafasso a entrar en el *Convitto Ecclesiastico*. De esta institución dice el mismo Juan Bosco: «Se puede afirmar que el Colegio Eclesiástico viene a ser un complemento de los estudios teológicos ya que en nuestros seminarios solo se estudia la dogmática especulativa y, en moral, las cuestiones disputadas. Pero ahí se aprendía a ser sacerdote. Toda la atención se centra en la meditación, la lectura espiritual, en las dos conferencias diarias y en las lecciones de predicación, en un ambiente tranquilo y con todas las facilidades para leer y estudiar buenos autores».

El *Convitto* se presentó como contra altar del seminario diocesano y de la facultad de Teología de la Universidad

de Turín, que se caracterizaban por la adhesión a una moral rigorista y por una eclesiología crítica con respecto a la infalibilidad y al primado de jurisdicción del Papa.

El *Convitto*, iniciará su labor en Turín el año de 1817, fundado por Luis Guala, quien, acabados sus estudios universitarios (1796) y ordenado sacerdote (1799), entró de inmediato en la acción social y religiosa en favor de las graves necesidades del Papa y de los fieles a través de la «Amicizia», a la que pertenecía desde cuando era universitario. Esta era una asociación originaria de Francia que se interesaba por la defensa de la fe y de la educación ética del pueblo y, sobre todo, por la formación de los jóvenes sacerdotes, tan necesitados de orientación pastoral en ese momento. Desde entonces trabajó en íntima unión con el P. Lanteri y de esa relación pastoral fue naciendo la idea del *Convitto*, que fue uno de los crisoles donde se plasmó el estilo eclesiástico y religioso que impulsó la segunda mitad del siglo XIX. En él se formaron: Cocchi, Borel, Cafasso, Murialdo, Bertagna, Alamano, incluido Don Bosco (1841-1844), quien lo define como «maravilloso semillero del cual proviene mucho bien a la Iglesia, especialmente, como dice Juan, para erradicar algunas raíces de jansenismo que todavía se conservan entre ellos.⁴²

El *Convitto* difundió la doctrina de Alfonso María Ligorio, considerado por Cafasso y Guala como autor capaz de mediar entre las corrientes rigoristas y una cierta superficialidad benignista, pero fue también fuente de irradiación espiritual salesiana y filipina. Se origina como fruto de las iniciativas aristocráticas de la *Amicizia cristiana*, que a través de Lanteri y Guala, con iniciativas como el *Convitto*, ensancharon su radio de acción con un rico abanico de iniciativas entre el clero y el pueblo.

2.7.- Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales: San Ignacio de Lanzo

Otra experiencia decisiva en crecimiento personal de nuestro joven sacerdote, fueron los retiros espirituales hechos en la Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales de Lanzo, que nace fruto de las misiones populares de dos miembros de la Compañía de Jesús, en 1610.⁴³

En 1806, esta casa y capilla San Ignacio de Lanzo, que por la supresión de los Jesuitas había quedado en manos de la curia,⁴⁴ pasa a ser **Casa Diocesana de Ejercicios** por el celo pastoral de Mons. Jacinto de la Torre, arzobispo de Turín. Confiada su dirección al *Convitto eclessiastico*, empezará a convertirse en el principal centro de los ejercicios espirituales que renovarán la vida cristiana, seglar, presbiteral y religiosa del reino sardo piemontés en la época moderna, con una orientación ignaciana en cuanto a la espiritualidad y alfonsiana en cuanto a la teología moral. Cuatro sacerdotes fueron decisivos en la organización de la Casa de Ejercicios y como directores y predicadores: Pío Brunone Lanteri, José Cafasso, José Allamano y Luis Guala.

La casa de san Ignacio ofrecía servicio para los laicos, como para los sacerdotes, para la gente del pueblo y para los señores de las más variadas condiciones, desde comerciantes hasta campesinos humildes, desde profesores y políticos hasta militares y miembros de la corte de Saboya. En mayo era la tanda del pueblo, en junio dos tandas para el clero, en julio y en septiembre ejercicios para seglares.

Las normas pontificias y de las Iglesias locales hicieron obligatorios los «ejercicios espirituales» en las casas religiosas y los seminarios y, al menos una vez al año entre

el clero secular, ya en ejercicio del ministerio. En 1822, las reales patentes de Carlos Félix, exigían se hicieran tandas de retiro dos veces al año para el alumnado de los colegios del Estado.

Don Bosco, que se formó en esta época, por ende, realizó sus ejercicios espirituales y también participó de los retiros mensuales de la buena muerte antes de entrar en el seminario. El mismo Don Bosco testimonia que durante su formación seminarística los ejercicios predicados por el Teólogo Borel lo impactaron por el fuego de caridad que inflamaba sus palabras, por la dedicación solícita a los demás, por su disponibilidad a la escucha y el acierto de sus consejos, por el respeto y fervor de sus celebraciones.⁴⁵

En 1842 Cafasso lo lleva con él, por primera vez, a los ejercicios para el clero de san Ignacio de Lanza, y luego a las tandas para seglares donde le confía algunas predicaciones y para que le ayudara en las confesiones.¹² La casa de ejercicios de san Ignacio fue desde entonces la meta por excelencia para el continuo y perseverante esfuerzo de formación espiritual de Don Bosco. Los ejercicios de Lanza contenían e interpretaban la mejor tradición formativa y espiritual del momento. En esa sucesión de semanas fue haciendo su proceso de identidad cristiana a imitación de Ignacio de Loyola,⁴⁶ de cuya vida y conversión trazó un sintético cuadro en la *storia ecclesiastica*. Realizó los ejercicios de manera consecutiva por 32 años, desde 1842 a 1874 (con un paréntesis entre 1848-1849: año de la primera guerra de independencia italiana).

Don Bosco sistemáticamente irá a los retiros del clero, aunque a veces haya hecho los ejercicios con los muchachos o con sus salesianos en abril o en los meses

siguientes hasta julio, inclusive muchas veces también en el mismo san Ignacio de Lanza. En sus ejercicios personales será constante. Y en 1847 promoverá los ejercicios en su oratorio, y los llega a considerar dentro de poco como algo básico para la formación de los jóvenes, la preparación espiritual de sus catequistas y el discernimiento vocacional de los jóvenes.

3.- Corrientes Espirituales de las que se nutre

Ante la necesaria renovación de la Iglesia frente a la crisis producida por el influjo napoleónico y las transformaciones sociales del liberalismo que hizo nacer a Italia, se introduce una línea espiritual vanguardista, a través de Lanteri y Guala proveniente de las *Amicizias* buscando una espiritualidad popular en respuesta a las graves necesidades propias de la época. Propuesta bien recibida por Mons. Jacinto de la Torre y que encontró resistencia en Mons. Colombano Chiaverotti.

Es así como descubrimos una tensión en el ambiente el cual se forma Juan Bosco. La tensión existente entre la corriente vanguardista, que se alimenta de la espiritualidad ignaciana, alfonsiana, lazarista y filipina, y la corriente conservadora y aristocrática, propia de la restauración que seguía el rigorismo moral, que se resiente de algunos de los jansenizantes.

Como ya hemos dicho Juan afianza sus raíces en el humus espiritual que impulsaba el *Convitto Ecclesiastico*, pero recibió también en su formación los influjos del rigorismo moral ante el cual reaccionó.

3.1.- El Rigorismo moral

El jansenismo en sentido estricto puede considerarse en declive en las primeras décadas de ochocientos,

mientras el rigorismo sigue difundido en la praxis pastoral. Los círculos jansenistas o jansenizantes cultivan un ideal severo de la vida cristiana. Recomendaban la conversión del corazón, luchaban contra el cristianismo rutinario hecho de devociones exteriores, de entusiasmos pasajeros, de tradiciones acarameladas; reprobaban en la oración el abuso de fórmulas repetidas mecánicamente. El ideal es una religiosidad pura, libre de incrustaciones, ajena a las acomodaciones, nutrida en las fuentes bíblicas y patrísticas, que huye del contacto con el mundo envuelto en el pecado.

La dilación o el rechazo de la absolución a los penitentes de cuya perseverancia no se tuviese suficiente certeza y en todo caso a quien no hubiese cumplido la penitencia impuesta, eran considerados como medios normales para provocar el «shock psicológico» y de este modo favorecer la conversión verdadera. La gracia de sacramento de la penitencia es concebida como un premio más que como una ayuda saludable y confortante en la lucha contra el mal. Se puede recibir si el penitente ha llegado a un grado convincente de purificación. También el alejar a un penitente de la comunidad era una práctica que se imponía a aquellos que recaían fácilmente en el pecado. La eucaristía también era considerada como un premio para los santos, por eso el fiel tenía que adquirir antes de comulgar una fuerza interior que lo hiciera apto para recibir a Cristo Señor.

La práctica sacramental del Piamonte en la época de Don Bosco estaba, en general, marcada por trazos rigoristas. Escribe Cafasso: que según los pastores de la época era «difícil observar los mandamientos, difícil recibir bien la santa comunión, difícil, incluso, oír la misa con devoción, difícil rezar como se debe, difícil, sobre todo, llegar a salvarse, y que era muy pocos los que se salvaban»

Este «rigorismo moral», era una corriente teológica que tuvo su auge entre los siglos XVII y XVIII, es considerado por Don Bosco como las «últimas raíces del jansenismo». Para algunos teólogos del siglo pasado y aún de hoy día, entre jansenismo y rigorismo la diferencia es solo de intensidad. Filosófica y teológicamente tiene a su base el pesimismo antropológico, según el cual «la herida del pecado original» ha sido fatal para el hombre, que sin la gracia, no puede absolutamente obrar el bien. Por tanto, no podría haber una moral puramente natural, pues todas las realidades y comportamientos humanos estarían impregnados fatalmente por el mal. Para evitar, pues, el relajamiento de las costumbres y los abusos, la práctica sacramental debía exigir exámenes y purificaciones continuas; la absolución debía ser demorada y condicionada por prácticas penitenciales proporcionadas a las culpas; la comunión sería excepcional, dada la santidad que exigía este sacramento, la imagen de Dios, era la de un juez, el hombre sólo puede sentirse culpable e indigno; desconfiado de sí mismo, la perfección viene a ser un privilegio, fruto de prácticas represivas de mortificación y penitencia.

3.2.- El humanismo devoto

El otro gran movimiento, en el cual se inscribirá la espiritualidad de Don Bosco, es impulsado por La *Amicizia* que nace, entre 1779 y 1780, como una asociación secreta, en ambientes aristocráticos de alta burguesía y se propone la formación espiritual de los asociados y la lucha contra el espíritu de los enciclopedistas, a través de la difusión sistemática de obras de inspiración católica («los buenos libros»), llevada a cabo mediante préstamos o con distribuciones gratuitas; promueven la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la comunión frecuente y la

meditación diaria, promoviendo los ejercicios espirituales según el método de San Ignacio, los retiros, la práctica de la oración mental y del examen de conciencia, las misiones, la elección de confesores según las directrices de Alfonso Ligorio.

Este movimiento de renovación pastoral, denominado genéricamente como «las Amistades» fue organizado por el Jesuita Nicolás de Diessbach (Berna 1732 - Viena 1798), desde 1769. La finalidad era proveer a una sólida y actualizada formación del pueblo cristiano, en medio de la ignorancia y/o el desconcierto producido por las luchas ideológicas, religiosas, morales y políticas de la época. Surgieron así diversas asociaciones católicas para seglares y eclesiásticos, denominadas genéricamente, «Amistades», fieles al magisterio pontificio, e inspiradas en la doctrina ignaciana y de S. Alfonso. En su seno se dio origen a iniciativas, como la de la «Amistad Sacerdotal» (1783), orientada y potenciada por Diessbach para la formación más profunda, apostólica, práctico-pastoral y misionera del clero, que se generaron, por inspiración y talento organizativo de Pío Brunone Lanteri y Luis Guala, tales como las «Conferencias de moral» para sacerdotes recién ordenados, la «Pía Unión de San Pablo» (que buscaba popularizar el apostolado sacerdotal en barriadas, cárceles y hospitales), y el «*Convitto Ecclesiastico*» (1817).

La *Amicizia Cattolica* promovió, en 1825, la edición de la obra de Alfonso María Ligorio en Turín. Y, a causa de su filojesuitismo, fue suprimida por el gobierno piemontés en 1828. Algunos de sus miembros (Provana y d'Agliano) se unirán después a las Conferencias de Vicente de Paúl, fundadas en Francia por Federico Ozanam e introducidas en Turín en 1850.

Muchos de los fines de la *Amicizia* fueron asumidos por el Instituto de los Oblatos de María Virgen, que fundó Pío Brunone Lanteri, quien había formado parte de los fundadores de la *Amicizia* siendo clérigo: promueven la predicación de los ejercicios espirituales, desarrollan las misiones entre el pueblo, preparan nuevos sacerdotes y difunden la buena prensa. Sus reglas fueron redactadas en 1816 por Lanteri. En 1819 los suprime el obispo de Turín, Colombo Chiaverotti, y se reconstituyeron en Pinerolo en 1825.

Dentro de este movimiento vanguardista se realizará el valor de la espiritualidad para las clases populares inspirados en varias corrientes espirituales, que se hicieron decisivas en la vida de Don Bosco y que reseñamos a continuación.

3.2.1.- La espiritualidad alfonsiana

San Alfonso María Liguori fue beatificado en 1816, de inmediato se emprendió el proceso de canonización que concluyó en 1839 y sus obras fueron publicadas en Turín, por iniciativa de la *Amicizia*, en 1825, y por eso ejerció mucha influencia en las corrientes ultramontanas del Piamonte que se agrupaban en torno a Roothaan, Lanteri, Guala, Cafasso, Bosco y en la actividad de los misioneros comprometidos en el mundo rural y del clero en cura de almas.

San Alfonso se había formado con los manuales rigoristas y se convirtió cuando se dedicó a las misiones entre el pueblo y se enfrentó a la realidad del hombre envuelto en la miseria y con una vida cristiana superficial. Comprendió que el sur de Italia no se podría conquistar con una pastoral oprimente, centrada más en un Dios-juez que en un Dios-Padre, más en el pecado que en el perdón,

más en el infierno que en el paraíso. Su enraizamiento en la realidad popular lo convirtió a una teología más humana, marcada por la referencia a la bondad y la misericordia de Dios, a la confianza en Él y a la esperanza.

Los misioneros que predicaban entre las poblaciones rurales seguían a san Alfonso en el deseo de adecuar la propia acción pastoral a las situaciones concretas de vida de la gente pobre. Redentoristas, Sacerdotes de la Preciosísima Sangre, los Sacerdotes de la Misión, los Pasionistas, los Oblatos y los Jesuitas, eran conscientes de que en relación con los penitentes no era suficiente la aplicación de normas, sino que era necesario valorar, además de las disposiciones interiores, también la situación en la que se elaboraba.

Los sacerdotes con cura de almas o comprometidos con la dirección espiritual se mueven en la misma línea antirrigorista. La doctrina moral alfonsiana con tendencia a la comprensión marcha paralelamente al creciente interés de la Iglesia por las poblaciones rurales y con la creciente sensibilidad hacia las condiciones de vida de los fieles.

La influencia de estas opciones pastorales se refleja también en la vida de piedad. Prevalece, en efecto, en el siglo XIX una piedad cálida, humana, popular, que tiende hacia el sentimiento, hacia la afectividad, hacia la fantasía, hacia el gusto por lo maravilloso, que valoriza, a veces en detrimento de la profundidad, los elementos sensibles, palpables, carnales, que se basa en la frecuencia más asidua a los sacramentos, que se nutre de un número consistente de prácticas devotas.

La devoción mariana, se desarrolla con procesiones y peregrinaciones, con una vasta literatura sobre el mes de mayo, el rosario, las prerrogativas de María Virgen y Madre,

y caen, a veces, en tonos dulzones, afectados y tiernos. También las devociones a la pasión de Cristo, al Sagrado Corazón, a la Preciosísima Sangre, a las cinco llagas, a las tres horas de agonía con su inspiración reparadora y expiatoria estimulaban los motivos afectivos y sensibles.

Es una orientación de la piedad de clima romántico con su gusto por la fantasía, la afectividad, el énfasis sentimental, las razones del corazón. Es una piedad cálida, amable, popular accesible, sobre todo a las masas. Tiene sus lados débiles en la insistencia en la multiplicidad de los ejercicios devotos, en el excesivo relieve dado a la praxis de las indulgencias, en la proliferación de las devociones discutibles y secundarias, en la condescendencia al sentimentalismo, el distanciamiento de la biblia y de la liturgia: una piedad pobre en contenidos teológicos.

Por su parte, Don Bosco promovió en el Oratorio algunas prácticas de piedad (visita al Santísimo, vía crucis, devoción a la Virgen y al Ángel Custodio, el ejercicio mensual de la buena muerte, la novena en honor de Luis Gonzaga y de Francisco de Sales) pero no cedió a la exuberancia devocional típica del catolicismo del siglo XIX por el temor de irritar y cansar a los jóvenes, dejando de lado devociones muy extendidas como la de la preciosísima sangre y del Sagrado Corazón.

3.2.2.- La espiritualidad salesiana

En Piamonte el ambiente estaba impregnado de esencia salesiana. En 1638, Juana de Chantal había fundado en Turín la casa de la Visitación que dio amplia circulación a las obras de Francisco de Sales, que habían tenido numerosas ediciones durante el siglo XVIII, y la vida del santo escrita por el sacerdote piemontés Pier Giacinto Gallizia, editada en Venecia en 1720 y reeditada muchas

veces. Circulaban también pequeñas obras impregnadas de espíritu salesiano como la «Guida angelica, ossia pratiche istruzioni per la gioventù» de un autor anónimo editada en Turín en 1767, de la que Don Bosco se valió ampliamente en la composición del *Giovane provveduto*.

El Francisco de Sales recibido en Piamonte es el que afectuosamente adoctrina sobre el modo de vivir cristianamente en el mundo, para lo cual la devoción, que consiste en el amor a Dios y al prójimo, no es una condición privilegiada, prerrogativa de religiosos y claustrales, sino un objeto capaz de ser alcanzado por todos los cristianos con el cumplimiento de los deberes del propio estado.

San Francisco de Sales había afirmado, contra el pesimismo calvinista, la continuidad de naturaleza y gracia, el equilibrio de las relaciones entre Dios y el hombre, y había sugerido una perspectiva espiritual caracterizada por una gran concreción rica en sabiduría psicológica, libre de preocupaciones, alimentada de sentido de la medida, fundada en el diálogo confiado con Dios, que quiere la salvación de todos, y para ello ha enviado un redentor, y que ha garantizado una redención universal.

Si a lo largo del siglo XVII Anonio Arnauld y Etienne Le Camus habían llevado a cabo una lectura rigorista de Francisco de Sales, presentado como un pastor severo, difundiéndola por todo el Piamonte, Lanteri, Guala, Cafasso, Cottolengo, Bosco, en la primera mitad del siglo XIX hacen una lectura antirrigorista, que descubre su dulzura y su piedad razonable y sin excesos.

Don Bosco elige a San Francisco de Sales como modelo y se apropia de alguna de sus características.

Su interés por la figura de este santo germina en el seminario de Chieri. En los apuntes redactados la vigilia de la ordenación sacerdotal, en mayo de 1841, escribe: «la caridad y la dulzura de san Francisco de Sales me guíen en todas las cosas».⁴⁷ Este interés por Francisco de Sales se desarrolla en el Convitto y en el ámbito de las obras de la marquesa Barolo.

Francisco de Sales encarna en sí la tradición tridentina en los años en que se efectúa en Piamonte una creciente influencia Valdense, pero sobretodo encarna la amabilidad, la caridad, el equilibrio, la discreción, el optimismo. Don Bosco recomienda la lectura de la Introducción a la vida devota porque es un libro que enseña a servir a Dios con familiaridad y confianza filiales.

3.2.3.- La espiritualidad filipina

Con el filón salesiano se entrelaza la tradición espiritual filipina, mantenida viva en Piamonte por el Oratorio de Turín y por la extraordinaria figura de Sebastiano Valfré, por la biografía del santo escrita s XVII por Bacci y por una serie de Ricordi ai giovinetti, que Don Bosco conocía bien.

El programa de san Felipe Neri se nutre también de la confianza en la naturaleza humana y de amor al arte, rehúye los tonos hoscos y tristes, se ilumina de espíritu festivo y alegría.

Alfonso María de Ligorio, aunque abierto a las sugerencias de Teresa de Avila, es hijo espiritual de Felipe Neri y Francisco de Sales. Madura en efecto su espiritualidad bajo la guía del oratoriano Tomaso Pagano, después pasa bajo la dirección de Mons. Falcoia, embebido de salesianismo.

Francisco de Sales era uno de los autores más leídos dentro del Oratorio. El joven Rosmini se sintió atraído por las lecturas salesianas gracias a las influencias oratorianas. Cottolengo respira el aire de la espiritualidad de Felipe Neri por su director espiritual, Michele Fontana, y de Francisco de Sales, aunque descubre su vocación leyendo a San Vicente de Paúl.

Existen buenas razones para pensar que ya en el *Convitto* Don Bosco había tenido la posibilidad de acercarse a la figura de Felipe Neri, puesto que ya en 1845 traza en la *Storia ecclesiastica* un breve pero intenso perfil del santo. En el panegírico de San Felipe Neri, pronunciado en alba de mayo de 1868, Don Bosco presenta al apóstol romano como aquel que «ha imitado la dulzura y la mansedumbre del salvador», que ha difundido «el gran fuego de la divina caridad» traído por Cristo. Al hablar de Felipe Neri, Don Bosco está hablando de sí mismo y del ideal salesiano.

Don Bosco difunde algunos dichos característicos de Felipe Neri como: «Hijitos, estad alegres: no quiero escrúpulos ni melancolía, me basta que no cometáis pecados»; «escrúpulos y melancolía fuera de la casa mía»; «no se carguen con demasiadas devociones, pero sean perseverantes en aquellas que han empezado».

3.2.4.- La espiritualidad vicentina

Los Paules promueven las misiones populares por el Piamonte, las hijas de la Caridad se dedican al cuidado de los pobres, los enfermos, los soldados ingresados en los hospitales militares y dieron origen a varias fundaciones que adoptaron su espíritu y regla.

La casa de la Misión de los padres Vicentinos funcionaba desde 1830 en el antiguo monasterio de la

visitación, fundado por santa Juana de Chantal en 1638 y expropiado por el régimen napoleónico en 1801. Mons. Colombano Chiaverotti había encomendado a los lazaristas la formación de los clérigos que no vivían en el seminario y la predicación de los ejercicios espirituales a los candidatos a las órdenes sagradas.

Don Bosco participó en la tanda preparatoria al subdiaconado en septiembre de 1840, y la próxima a la ordenación sacerdotal que tuvo lugar del 26 de mayo al 5 de junio de 1841. En la *Storia ecclesiastica* de 1845 le dedica un apasionado retrato: «animado del verdadero espíritu de caridad, no hubo género de calamidad que él no socorriera; fieles oprimidos por la esclavitud de los turcos, niños huérfanos, jóvenes disolutos, solteras en peligro, religiosas abandonadas, mujeres caídas, galeotes, peregrinos, deficientes mentales, mendigos, todos probaron los efectos de la caridad paterna de Vicente.⁴⁸ Don Bosco también participó en la conferencia de San Vicente de Paúl e instituyó un grupo en el Oratorio en 1854.

4.- Humus espiritual de la Turín en que vivió Don Bosco

Este entrelazarse de corrientes espirituales anima esta época extraordinaria con iniciativas orientadas a las necesidades espirituales y materiales de los pobres, de los enfermos, de los encarcelados, de las mujeres en peligro y descarriadas, que caracteriza la primera década del s XIX en Piamonte.

La pequeña casa de la Divina Providencia surge en 1832 bajo los auspicios de Vicente de Paúl y acoge a los enfermos rechazados de otros hospitales a causa de sus deformidades. La espiritualidad del Cottolengo se caracteriza por el abandono total en la Divina Providencia y por la dedicación a los hermanos más pobres.

Giulia Barolo, penitente de Lanteri, de Guala y luego de Cafasso, promovió obras de asistencia de las encarceladas, para la rehabilitación de las mujeres descarriadas, para el cuidado de jóvenes enfermas.

Don Cafasso se dedica a la asistencia de los deshollinadores venidos a Turín desde el valle de Aosta, consuela a los encarcelados, acompaña a la horca a los condenados a muerte, implicando en esta experiencia al joven Bosco, sacerdote de 26 años, que quedó fuertemente impresionado.

La barriada pobre de Valdocco se convirtió en el corazón de esta caridad operativa, acogiendo la pequeña casa del Cottolengo, las obras de la Marquesa Barolo y, en 1846, el Oratorio estable de Don Bosco.

La espiritualidad piemontesa de la restauración se mueve en la línea de un **humanismo devoto** que se sostiene en el principio de que la gracia no suprime la naturaleza sino que la sana, la eleva, la perfecciona con la intuición de que la naturaleza, a pesar de haber sido herida por el pecado, permanece fundamentalmente orientada hacia Dios, la gracia actúa sobre tal disposición de la naturaleza.

En esta espiritualidad piemontesa no se hace notar la espiritualidad francesa de orientación agustiniana con la temática de adhesión a Cristo en su muerte en la cruz, como anulación, abnegación, muerte interior, mortificación de la naturaleza contaminada por el pecado, como oblación, sacrificio, inmolación.

Don Bosco ahonda sus raíces dentro de este humus espiritual, del cual toma las esencias y la linfa, una inspiración, una actitud, una mentalidad. Es un sacerdote rural que tiene viva la realidad nueva de los jóvenes que,

salidos de la cárcel o emigrados del campo a Turín para buscar trabajo, se habían integrado mal en la ciudad a los comienzos de la industrialización. Para ellos funda su acción educativa por ser «pobres y abandonados» en la «amabilidad» y en la «caridad» adaptando la misma metodología pastoral, caracterizada por la dulzura, que había guiado la predicación de los misioneros de Alfonso María de Ligorio, de Vicente de Paúl en medio de las poblaciones rurales.

5.- Influencia determinante de don Cafasso

Don Bosco se formó en el seminario de Chieri (1835-1841) dentro de un clima de gran austeridad. Joven clérigo se había acercado a las tesis favorables al rigorismo a través del estudio del tratado de teología moral de Alasia, que era el texto usado en el seminario. Recuerda que las relaciones entre clérigos y superiores se caracterizaban más por el temor que por la familiaridad.

Pero después de su ordenación (5 de junio de 1841), se hace beneficiario de la iniciativa pastoral de Lanteri y Guala y entra en el Convitto, donde se respira un clima alfonsiano y encuentra allí la figura de José Cafasso, hombre sereno y sensible que se convierte en su confesor, en el que se refleja la imagen del sacerdote solícito y fervoroso que trabaja para la gloria de Dios y la salvación de las almas con una dulzura que atrae y conquista.

Es Cafasso quien les enseña a contraponer a la idea de un Dios solitario y severo, la imagen de un Dios Padre Misericordioso. Les enseña que la perfección consiste en hacer perfectamente la voluntad de Dios que debe buscarse en las acciones de vida común; que la santidad no consiste en el cumplimiento de gestos excepcionales, sino en la fidelidad a los deberes del propio estado;

condena las formas de mortificación austera como una tentación del demonio, sosteniendo que las verdaderas mortificaciones se manifiestan en el sacrificio que exige la fidelidad a los deberes. En su vida fue testigo de sus enseñanzas: se hizo extraordinario practicando, con fidelidad, las virtudes ordinarias.

José Cafasso (1811-1860), paisano de don Bosco, nació en Castelnuovo de Asti el 15 de enero de 1811. Estudió también como éste en el Gimnasio y en el Seminario de Chieri y recibió el presbiterado el 22 de septiembre de 1833. Fue también alumno del *Convitto* desde ese mismo año y luego ayudante del Teólogo Luis Guala, y su sucesor en la dirección de este. Muy apreciado como formador de sacerdotes, apóstol de las cárceles y de los niños pobres, especialmente de los emigrantes y limpiachimeneas venidos a la ciudad en época de invierno. Precisamente para estos últimos había organizado, antes de la llegada de don Bosco a Turín (1841), una catequesis especial en el *Convitto*. Fue incomparable confesor y guía de Don Bosco, y generoso colaborador de su Obra. Murió el 23 de junio de 1860. En él, dice Don Bosco, se unían la pureza de corazón de San Luis Gonzaga, la mansedumbre, la paciencia y la caridad de Francisco de Sales, el amor a los pobres de Vicente de Paúl, la austeridad personal y el celo apostólico de San Carlos Borromeo y la bondad y comprensión de Alfonso María de Ligorio, particularmente en la administración del Sacramento de la Penitencia.

Cafasso está a la raíz de las opciones fundamentales hechas por Don Bosco: ordenado sacerdote le recomendó entrar en el *Convitto* y terminado este período fue quien orientó su labor a los jóvenes abandonados que frecuentemente terminaban en la cárcel o en la horca. Él es para Juan su verdadero Padre Espiritual, quien inspira y

orienta al seguimiento de Cristo en la construcción de su Reino en medio de los jóvenes. No se puede comprender las raíces espirituales de Don Bosco sin hacer referencia a José Cafasso como puerta de entrada de este gran movimiento espiritual turinés de fines del siglo XIX.

6.- Don Bosco, maestro de una espiritualidad original

Don Bosco no ha elaborado una espiritualidad original. Bebió en fuentes ignacianas, salesianas, alfonsianas, filipinas y las canalizó con gran libertad y habilidad, hacia la acción educadora. Lo nuevo de la espiritualidad de Don Bosco está en el hecho de traducirla en un apostolado creativo, diligente y audaz en el don de sí mismo a los demás. Don Bosco fue un maestro de vida espiritual (no tanto un escritor espiritual) y no se comprendería su labor educativa, si prescindieramos de las fuentes que la inspiraron y alimentaron.

Los rasgos del espíritu salesiano que nos une y orienta se encuentran profundamente vividos por Don Bosco. No hay que ir a buscarlos en libros, sino en su vida: él es el modelo y el libro abierto en el que se puede leer, sin temor a errores de interpretación, el auténtico espíritu salesiano. Don Bosco encarnaba las virtudes y la espiritualidad del santo patrono, haciendo de alguna manera, innecesaria la referencia al modelo originario. No se veía más necesidad de remontarse más allá, puesto que Don Bosco transmitía una mística, profunda y original, que llenaba la necesidad de los salesianos.

Don Bosco elabora una síntesis espiritual que busca la santidad desde la clave juvenil. Ya en los años de seminario admiró en Comollo, su amigo muerto como seminarista en el seminario de Chieri, el ejercicio extraordinario de las virtudes ordinarias, y expresa en 1844, en su primera obra,

el convencimiento de que en ellas consiste «la santidad de los jóvenes»⁴⁹ y en su reedición dice que la conducta de Comollo era la suma de pequeñas virtudes que lo hacían un espejo de singular virtud.⁵⁰

Al joven Enmanuel Fassati el 8 de septiembre de 1861, le escribe recomendándole «la obediencia a los padres y superiores» y la puntualidad en el cumplimiento de los deberes, especialmente los escolares.⁵¹ La santidad puede ser alcanzada por los jóvenes cuando observa con perseverante escrupulosidad los deberes propios de su estado. Don Stella señala que el *Giovane proveduto* de Don Bosco no es simplemente un manual de devoción, es un modo de vida cristiana propuesto a los jóvenes.⁵² Los perfiles biográficos de Domingo Savio (1859), de Magone (1861), de Besucco (1864) tienden precisamente a demostrar que también los jóvenes pueden alcanzar altos grados de perfección.

Don Bosco no sólo sostiene que la santidad puede ser alcanzada en cualquier estado de vida, sino que es fácil llegar a ser santos. La única condición es querer serlo. El camino a la santidad está indicado no por virtudes excepcionales y por hechos extraordinarios, cuanto por la fuerte voluntad y por la denotada perseverancia en cumplir los deberes del propio estado.

Don Bosco, aunque meditó y amó desde los tiempos del seminario de Chieri la Imitación de Cristo, no estuvo marcado por la espiritualidad de la huida del mundo. Cultivó sí el desapego de las cosas, la abnegación interior, la compunción del corazón, pero sin complacencias intimistas, en vistas a la actividad apostólica y no a la inmersión en Dios.

Son muchas las enseñanzas que nos deja encontrarnos con nuestro padre y maestro, descubriendo cómo buscó

alimentarse espiritualmente y cómo supo insertarse en perfecta comunión, como la Iglesia, en un movimiento espiritual popular.

1. Este era el sitio elegido por la Divina Providencia para que nuestro Oratorio tuviese su primera iglesia. Aquí comenzó éste a llamarse de San Francisco de Sales por tres razones: 1) porque la Marquesa de Barolo tenía intención de fundar una congregación sacerdotal bajo este título, y esta es también la razón de por qué había hecho pintar una imagen del santo, que todavía puede verse, a la entrada del local; 2) porque como nuestro ministerio entre jóvenes exige mucha serenidad y mansedumbre, nos habíamos puesto bajo la protección de este santo a fin de que nos obtuviese de Dios la gracia de poder imitarle en su bondad extraordinaria y en el celo pastoral. 3) Tenerlo como patrón para que nos ayudase desde el cielo a imitarlo en la manera que tuvo para combatir los errores contra la fe, especialmente el protestantismo que ahora se iba propagando insidiosamente por las poblaciones y, ante todo, en la ciudad de Turín». Cf. MO, 168.
2. Título dado por el santo padre Juan Pablo II a Don Bosco con ocasión del centenario de su muerte en la carta «luvenun Patris», escrita en 1988.
3. Viguera Valentin, Espiritualidad Salesiana, CCS, Madrid 1992, 157.
4. Viganò, E., 1890.
5. Marrocchi Massimo, En las raíces de la espiritualidad de Don Bosco, 159,
6. Cf. MO (1), p17-18.

7. Desramaut Francis, Don Bosco y la vida espiritual, CCS, Madrid, 226.
8. El pensamiento de san Juan Bosco no tiene mucho que ver con la escuela francesa, a no ser a través del canal de san Vicente de Paúl. La escuela española del siglo XVI le fue más familiar. Sus afinidades con santa Teresa y san Ignacio de Loyola son ciertas. Finalmente, algunos creen poder clasificar a san Juan Bosco entre los discípulos de San Francisco de Sales; pero las semejanzas evidentes que se dan entre los dos santos provienen más de las coincidencias de sus gustos y de sus obras, que de una dependencia doctrinal que no ha sido demostrada. De hecho los dos coinciden sobre todo en el aprovechamiento del patrimonio italiano de la restauración católica. La espiritualidad dominante en Italia, que está empezando a ser bien estudiada, se caracterizaba por: un optimismo humanista, una piedad sencilla, una clara preferencia práctica; por una ascesis interior; por una búsqueda constante de la alegría y de la paz del alma y por una oposición habitual al paganismo y al protestantismo. Notas que caracterizaron tanto a Felipe Neri como a Don Bosco entre otros. esta pertenencia de Don Bosco a la descendencia materna de la Italia moderna no puede maravillarnos, cuando sabemos que entre sus inspiradores habituales están Felipe Neri (con el Filipense Sebastián Valfré), san Alfonso de Liguorio, un grupo de jesuitas italianos, entre otros los propagadores de la devoción a san Luis de Gonzaga y, finalmente, san José Cafasso, que había procurado reunir en su doctrina las aportaciones de los ligoristas y de los ignacianos, para luchar contra

las infiltraciones extranjeras, jansenistas y otras que turbaban las almas a su alrededor. Cf. Desramaut Francis, Don Bosco y la vida espiritual, CCS, Madrid, 227-231.

9. Desramaut Francis, Don Bosco y la vida espiritual, CCS, Madrid ,232
10. Cf. Marccochi M., op. cit., p159.
11. En el sueño de los 9 años describe el juego de sus compañeros acompañado de Blasfemias (ofensas directas a Dios) Cf. MO (6), p36; sabiendo que muchos se alejaban de las funciones de la Iglesia por divertirse con los trucos de los saltimbanquis, nacieron sus primeras iniciativas oratorianas de las que «excluía a los que hubieran blasfemado o tenido malas conversaciones, o quienes no habían querido tomar parte en las prácticas de piedad» Cf MO (7-8), p47-49.
12. «Su mayor preocupación fue la de la instrucción religiosa de sus hijos, enseñarles la obediencia y tenerlos ocupados en cosas compatibles con su edad. Mientras fui pequeñito ella misma me enseñaba a rezar; pero cuando ya fui capaz de rezar con mis hermanos, hacía que me arrodillara por la mañana y por la noche con ellos, y todos juntos entonábamos las oraciones y la tercera parte del rosario. Recuerdo que ella misma me preparó para mi primera confesión: me acompañó a la Iglesia, se confesó antes que yo, me recomendó al confesor y después me ayudó a hacer la acción de gracias. Luego siguió acompañándome hasta cuando vio que era capaz de hacerlo bien por mí mismo.» MO (5), p22.

13. El diálogo sostenido por Juanito con el Señor en el sueño de los 9 años, nos expresa el puesto que Margarita ocupaba en lo profundo de su psicología Cf. MO, (6), p36.
14. Cuenta Juan que después de la muerte del papá sobrevino una terrible situación económica por la cual «se encontraron en los potreros personas muertas con la boca llena de hierbas con las cuales habían intentado aplacar el hambre rabiosa que las desesperaba». Narra como la situación llegó a generar pánico en la familia y que al ver que nadie tenía como socorrerlos los llamó y les recordó: «Mi esposo, cuando estaba para expirar me recomendó que tuviese confianza en Dios; vengan, vamos a ponernos de rodillas y a rezar. Luego, después de una breve oración, nos dijo: en casos extremos hay que buscar también soluciones extremas. Entonces, acompañada por el señor Cavallo, se fue al establo, mató un ternero, y haciendo cocinar a toda prisa una parte, trató de aplacar el hambre de la extenuada familia». MO (4), p20-21.
15. Cf. MB I,
16. En el sueño de los 9 años se presenta el Señor diciendo que era el hijo de aquella a quien su madre le acostumbró a saludar tres veces al día Cf MO (6), p36. Cuando entra al seminario Margarita le dice: *«Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen y te recomendé la devoción a nuestra Madre cuando comenzaste los estudios, ahora te digo que te entregues del todo a Ella, aprecia a los compañeros devotos de María, y si llegas a sacerdote, inculca y propaga siempre su devoción»* MO (28)p119.

17. MO (9), p51.
18. MO (9), p51-52.
19. MO (9), p52.
20. Cuando estudiaba en la escuela pública de Castelnuovo un compañero lo confrontó diciendo que tenía los ojos vendados y lo invitaba a robar para tener con qué divertirse y él responde: *«Si entiendo bien lo que me dices, me parece que me estás aconsejando que me dedique al juego y al robo. ¿Acaso no dices todos los días cuando rezas que el séptimo mandamiento es no robar? Quien roba es ladrón y todo ladrón acaba mal. Pero, además, mi madre me quiere tanto que no me negaría la plata que le pida para cualquier cosa lícita que quiera hacer. Sin su permiso nunca he hecho nada, y no quiero ahora comenzar a desobedecerle. Si tus compañeros hacen esto, no son buenos. Si no lo hacen, y lo aconsejan a los otros, son unos pícaros y desvergonzados.»* MO (13), p63. Cuando seminarista refiere en sus memorias: *«En cuanto a los compañeros, me atuve al consejo de mi madre: que me juntara con los devotos de María y con los que amaran el estudio y la piedad.»* MO (29), p122.
21. D'AQUINO G. Psicología de Don Bosco, SEI, Turín 1988, p22.
22. MB I, 296
23. MO (28)p119
24. MB I, 414

25. «Mi madre, viéndome siempre afligido por tantos obstáculos que se oponían a que continuara los estudios, y sin poder obtener el consentimiento de Antonio que, por otra parte ya había cumplido 20 años, determinó proceder a la división de los bienes paternos. Cosa muy difícil, por cierto, pues José y yo éramos menores de edad. Por esto mismo, se debían cumplir muchos requisitos legales y afrontar graves costos. Con todo, se tomó esa determinación... Con aquella división, en verdad, se me quitaba un gran peso de encima y quedaba plenamente libre para continuar estudiando» MO, (12) 61-62.
26. Un ejemplo de esto lo encontramos en las primeras líneas de las MO: «tuvo mi madre una ventajosísima propuesta de matrimonio. Ella respondió sin dudar un momento: *–Dios me dio y me quitó a mi marido. Tres hijos me dejó él al morir, y yo sería una madre sin corazón si los abandonase cuando más me necesitan.* Le aseguraron que sus hijos iban a quedar al cuidado de un tutor responsable que vería solícitamente por ellos. *–El tutor, –respondió esa mujer generosa– podrá ser tal vez un amigo, pero yo soy la madre; y no los voy a dejar aunque me ofrecieran todo el oro del mundo»* MO (4)21-22, Al mudarse a Valdocco Juan le pide el sacrificio de mudarse con él y ella accede porque lo siente como voluntad de Dios: «Habiendo en ese momento dos habitaciones desocupadas en la casa Pinardi, las tomamos en arriendo una para mí y otra para mi madre. Un día le dije: *– Madre voy a tener que ir a vivir en Valdocco, pero dadas las personas que habitan en la casa, no puedo llevar a vivir conmigo a nadie más sino a Usted. Entendió ella muy bien*

mis razones y me dijo en seguida: -Si crees que eso es lo que quiere el Señor, estoy dispuesta a partir de inmediato. Eso implicaba un enorme sacrificio para mi madre, porque aunque mi familia no fuera acomodada, ella era la dueña de todo, amada por todos y considerada como una reina por pequeños y grandes. Enviamos por delante algunas cosas de las más necesarias que, con las que ya tenía yo en el Refugio, sirvieron para hacer algo acogedora la nueva vivienda. Mi madre llenó el canasto de ropa blanca y puso en él otros objetos indispensables; yo tomé mi breviario, un misal, algunos libros y mis apuntes de mayor utilidad. ¡Esa era toda nuestra fortuna! Salimos a pie de I Becchi hacia Turín. Hicimos una corta parada en Chieri y por la tarde, ese mismo 3 de noviembre de 1846, llegamos a Valdocco. Al vernos en aquellas habitaciones en que prácticamente nos faltaba todo, dijo bromeando mi madre: -en casa todo eran preocupaciones porque había algo para hacer y administrar; aquí estaré más tranquila pues no tengo nada de qué disponer ni a quién mandar». MO (4)21-22 MO (60)214-215.

27. MO, (9), p52.

28. En la edición crítica de las MO con las acotaciones críticas del P. Fernando Peraza encontramos un estudio interesante sobre este sueño MO, p24-35.

29. MO, (9), p52-55.

30. MO (10), p55.

31. MO (11), p58.

32. MO (11), p58; (12) 60.

33. MO (18), p76
34. «¡Amigo, me espanta tu fuerza. Créeme, Dios no te la ha dado para acabar con los demás. Él quiere que nos amemos los unos a los otros y nos perdonemos; que devolvamos bien por mal a los que nos ofendan!» MO (18), p77.
35. Juan, tan ocupado estás cuando hablas con los hombres, que ni te das cuenta cuando pasas por delante de la casa del Señor. MO (18), p77.
36. MO (18), p77.
37. MO (25), 93-97.
38. BOSCO, Cenni storici sulla vita del chiereco Luigi Comollo morto nell seminario di Chieri, Torino 1844, en OE I, 27.
39. Cf. OE XXXV,29
40. «Antes de tomar una determinación definitiva quise ir a Turín para pedir consejo a don Cafasso, quien ya era mi guía tanto en lo espiritual como en lo temporal. Aquel santo sacerdote lo escuchó todo: las buenas ofertas económicas, la insistencia de parientes y amigos y mi buena voluntad de trabajar. Pero, sin dudar un momento, me dijo: «Usted tiene necesidad de estudiar la teología moral y la predicación. No piense en otras propuestas y véngase al Convitto». Le hice caso con gusto e ingresé el 3 de noviembre de 1841». MO (39), p 147-148.
41. MO (39), p 148.
42. MO (39), p149.

43. PERAZA F., *Los Ejercicios Espirituales*, de Ignacio de Loyola a Don Bosco, CSRFP, Quito 2006, 8-9.
44. La Compañía de Jesús había sido suprimida en 1773 por Clemente XIV y restituida por Pío VII en 1814. Cf. PERAZA F., op. cit., p 9-10.
45. Cf. MO (35), p 137-138.
46. Cf. PERAZA F., op cit., 12-13.
47. BOSCO G., *scritti pedagogici*, p. 315.
48. OE I, 486; III, 217.
49. BOSCO, *Cenni storici sulla vita del chiereco Luigi Comollo morto nell seminario di Chieri*, Torino 1844, en OE I, 27.
50. Cf. OE XXXV,29
51. EI,209.
52. Stella, P., *Valori spirituali*, 80.

LECTURA 2: LOS MAESTROS DE DON BOSCO²

Continuamente nos preguntan por qué nos llamamos salesianos, salesianas, familia Salesiana, si nuestro fundador es San Juan Bosco y no Francisco de Sales. Respondemos que fue voluntad de Don Bosco al fundarnos y poner como patrono principal a San Francisco de Sales, porque era el modelo de inspiración para el proyecto de caridad pastoral que emprendía esta sociedad.¹ Para él era un punto de referencia obligatorio para comprender el carisma que Dios le había concedido.

1.- Su maestro en la confesión

San Alfonso María de Liguorio

Nacido en 1696, Alfonso María de Liguorio obtuvo su doctorado en derecho en la Universidad de Nápoles a los 16 años. Desencantado con la práctica de la abogacía, estudió para sacerdote y fue ordenado en 1726. Se dedicó, sobre todo, a la predicación y a la dirección espiritual.

En 1732 fundó la Congregación del Santísimo Redentor, una sociedad de sacerdotes y hermanos dedicados a la misión de la predicación, la instrucción catequística y ejercicios espirituales, especialmente entre los campesinos. La congregación se estableció con la oposición de las autoridades civiles, pero fue aprobada por el Papa en 1749. Alfonso fue nombrado obispo en 1762, pero renunció en 1775 a causa de una grave enfermedad.

Posteriormente, se dedicó al cuidado de su congregación y a escribir, un apostolado en que se había distinguido a lo largo de su vida. El mismo Pontífice, en 1787, al recibir la

² Extraído de <https://mauxi.uy/los-maestros-de-don-bosco/>

noticia de su muerte, que se produjo en medio de muchos sufrimientos, exclamó: «¡Era un santo!». Y no se equivocó: Alfonso fue canonizado en 1839.

Ante todo, porque propuso una rica enseñanza de teología moral, que expresa adecuadamente la doctrina católica, hasta el punto de que fue proclamado por el Papa Pío XII «patrono de todos los confesores y los moralistas». En su época se había difundido una interpretación muy rigorista de la vida moral, entre otras razones por la mentalidad jansenista que, en vez de alimentar la confianza y esperanza en la misericordia de Dios, fomentaba el miedo y presentaba un rostro de Dios adusto y severo, muy lejano del que nos reveló Jesús. San Alfonso, sobre todo en su obra principal, titulada Teología moral, propone una síntesis equilibrada y convincente entre las exigencias de la ley de Dios, esculpida en nuestros corazones, revelada plenamente por Cristo e interpretada con autoridad por la Iglesia, y los dinamismos de la conciencia y de la libertad del hombre, que precisamente en la adhesión a la verdad y al bien permiten la maduración y la realización de la persona. A los pastores de almas y a los confesores Alfonso recomendaba ser fieles a la doctrina moral católica, asumiendo al mismo tiempo una actitud caritativa, comprensiva, dulce, para que los penitentes se sintieran acompañados, sostenidos y animados en su camino de fe y de vida cristiana. San Alfonso nunca se cansaba de repetir que los sacerdotes son un signo visible de la infinita misericordia de Dios, que perdona e ilumina la mente y el corazón del pecador para que se convierta y cambie de vida. En nuestra época, en la que son claros los signos de pérdida de la conciencia moral y –es preciso reconocerlo– de cierta falta de estima hacia el sacramento de la Confesión, la enseñanza de san Alfonso sigue siendo de gran actualidad.

2.- Su maestro en la alegría y predilección por los jóvenes

San Felipe Neri

Felipe nació en 1515 en Florencia y allí se crio. Cultivó la música, la poesía, las artes y todo lo bello, un amor que alimentó toda la vida. En 1533, a los 18 años, marchó a Roma para trabajar en los negocios de un tío millonario, de quien era heredero natural. Incómodo con ese trabajo, hizo de maestro en una familia noble. Empleaba mucho de su tiempo libre paseando por la ciudad y sus alrededores; durante estas excursiones descubrió el olvidado mundo cristiano de las catacumbas. Comenzó a pasar noches enteras en oración en las tumbas de los mártires, durante las cuales experimentó trances místicos de amor de Dios. Felipe sintió, luego, un fuerte deseo de comunicar a otros la sobreabundancia del amor de Dios. Visitaba a los enfermos en los hospitales, se acercaba a los trabajadores en su lugar de trabajo, pasaba tiempo con gente solitaria en plazas y tabernas de la ciudad. Por sus amables palabras y por sus suaves modales, abrió el camino para que muchos volvieran a la vida cristiana. Fundó en 1548 la Cofradía de la Santísima Trinidad.

Animado a hacerse sacerdote, Felipe, volcado como estaba al apostolado, no encontraba tiempo para estudiar. Acabó por ordenarse en 1551, a la edad de 36 años. Ahora, al poder de su palabra unió el poder de los sacramentos de Cristo. Empleaba 12 o 15 horas diarias en confesar, y todavía encontraba tiempo para llevar especial dirección espiritual de muchos de los penitentes.

Sus palabras llegaban al corazón de los más alejados. Con humanidad y gran tacto, hablaba de los asuntos del alma y de la vida cristiana. Personas de toda la sociedad y de toda la Iglesia acudían a él. Por citar algunos

ejemplos: Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo, Francisco de Sales. Desarrolló una relación especial con los jóvenes que pasaban el día en las calles y en las plazas de la ciudad. Para ellos abrió un lugar en el que encontrarse. Aquí, después de una breve celebración religiosa, podían desplegar todas sus energías. Decía: "Dejen que los jóvenes hagan lo que les guste, incluso darme bastonazos, siempre que no cometan pecado".

Sus seguidores fueron, por supuesto, beneficiarios de cuidados especiales. Se reunían una vez por semana en una capilla que se llamó Oratorio, para compartir sus experiencias espirituales y pastorales, para leer las Escrituras, rezar y cantar juntos. De esas reuniones nació en 1564 la Congregación de los Padres del Oratorio, una fraternidad sin votos religiosos ni reglas de claustro.

Felipe ejerció su apostolado alegre, profundamente espiritual, en Roma, durante sesenta años. Su influencia fue la responsable de la difusión de la fe cristiana a todos los sectores de la sociedad en que vivió. Murió en Roma en 1595 y fue canonizado en 1623.

3. Su maestro en la atención pastoral y dirección espiritual.

San José Cafasso

José Cafasso nació en Castelnuovo d'Asti, el mismo pueblo de san Juan Bosco, el 15 de enero de 1811. Fue el tercero de cuatro hijos. La última, su hermana Marianna, será la madre del beato José Allamano, fundador de los Misioneros y las Misioneras de la Consolata. Nació en el Piamonte del siglo XIX, caracterizado por graves problemas sociales, pero también por numerosos santos que se empeñaron en buscarles solución. Esos santos estaban unidos entre sí por un amor total a Cristo y por

una profunda caridad hacia los más pobres: la gracia del Señor sabe difundir y multiplicar las semillas de santidad.

José Cafasso realizó los estudios de secundaria y el bienio de filosofía en el colegio de Chieri y en 1830 pasó al seminario teológico, donde, en 1833, fue ordenado sacerdote. Cuatro meses más tarde hizo su ingreso en el lugar que para él sería la única y fundamental «etapa» de su vida sacerdotal: el Internado eclesiástico de San Francisco de Asís, en Turín. Entró para perfeccionarse en la pastoral y allí hizo fructificar sus dotes de director espiritual y su gran espíritu de caridad. El Internado, de hecho, no era sólo una escuela de teología moral, donde los jóvenes sacerdotes, procedentes sobre todo de zonas rurales, aprendían a confesar y a predicar; también era una verdadera escuela de vida sacerdotal, donde los presbíteros se formaban en la espiritualidad de san Ignacio de Loyola y en la teología moral y pastoral del gran obispo san Alfonso María de Ligorio. El tipo de sacerdote que José Cafasso encontró en el Internado y que él mismo contribuyó a reforzar –sobre todo como rector– era el del verdadero pastor con una rica vida interior y un profundo celo en el trabajo pastoral: fiel a la oración, comprometido en la predicación y en la catequesis, dedicado a la celebración de la Eucaristía y al ministerio de la Confesión, según el modelo encarnado por san Carlos Borromeo y san Francisco de Sales y promovido por el concilio de Trento. Una feliz expresión de san Juan Bosco sintetiza el sentido del trabajo educativo en aquella comunidad: «En el Internado se aprendía a ser sacerdotes».

San José Cafasso intentó realizar este modelo en la formación de los jóvenes sacerdotes, para que ellos, a su vez, se convirtieran en formadores de otros sacerdotes, religiosos y laicos, en una especial y eficaz cadena.

Desde su cátedra de teología moral educaba a ser buenos confesores y directores espirituales, solícitos por el verdadero bien espiritual de la persona, animados por un gran equilibrio en hacer sentir la misericordia de Dios y, al mismo tiempo, un agudo y vivo sentido del pecado. Tres eran las virtudes principales de José Cafasso profesor, como recuerda san Juan Bosco: calma, agudeza y prudencia. Estaba convencido de que donde se verificaba la enseñanza transmitida era en el ministerio de la Confesión, a la cual él mismo dedicaba muchas horas de la jornada; a él acudían obispos, sacerdotes, religiosos, laicos eminentes y gente sencilla: a todos sabía dedicar el tiempo necesario. Fue sabio consejero espiritual de muchos que llegaron a ser santos y fundadores de institutos religiosos. Su enseñanza nunca era abstracta, basada sólo en los libros que se utilizaban en ese tiempo, sino que nacía de la experiencia viva de la misericordia de Dios y del profundo conocimiento del alma humana adquirido en el largo tiempo que pasaba en el confesonario y en la dirección espiritual: la suya era una verdadera escuela de vida sacerdotal.

Su secreto era sencillo: ser un hombre de Dios; hacer, en las pequeñas acciones cotidianas, «lo que pueda contribuir a mayor gloria de Dios y provecho de las almas». Amaba de forma total al Señor, estaba animado por una fe bien arraigada, sostenido por una oración profunda y prolongada, vivía una sincera caridad hacia todos. Conocía la teología moral, pero conocía también las situaciones y el corazón de la gente, cuyo bien procuraba, como el buen pastor. Cuantos tenían la gracia de estar cerca de él se transformaban también en buenos pastores y confesores válidos. Indicaba con claridad a todos los sacerdotes la santidad que se puede alcanzar precisamente en el

ministerio pastoral. El beato don Clemente Marchisio, fundador de las Hijas de San José, afirmaba: «Cuando entré en el Internado era un muchacho travieso y alocado, no sabía lo que significaba ser sacerdote, y salí de él totalmente cambiado, plenamente imbuido de la dignidad del sacerdote». ¡A cuántos sacerdotes formó en el Internado y después los siguió espiritualmente! Entre ellos –como ya he dicho– destaca san Juan Bosco, que lo tuvo como director espiritual durante 25 años, desde 1835 hasta 1860: primero como clérigo, después como sacerdote y por último como fundador. Todas las decisiones fundamentales de la vida de san Juan Bosco tuvieron como consejero y guía a san José Cafasso, pero de un modo bien preciso: Cafasso no trató nunca de formar en don Bosco un discípulo «a su imagen y semejanza», y don Bosco no copió a Cafasso; ciertamente, lo imitó en las virtudes humanas y sacerdotales –definiéndolo «modelo de vida sacerdotal»–, pero según sus aptitudes personales y su vocación peculiar; un signo de la sabiduría del maestro espiritual y de la inteligencia del discípulo: el primero no se impuso sobre el segundo, sino que lo respetó en su personalidad y le ayudó a leer cuál era la voluntad de Dios para él.

Queridos amigos, esta es una enseñanza valiosa para todos los que están comprometidos en la formación y educación de las generaciones jóvenes, y también es una fuerte llamada a valorar la importancia de tener un guía espiritual en la propia vida, que ayude a entender lo que Dios quiere de nosotros. Con sencillez y profundidad, nuestro santo afirmaba: «Toda la santidad, la perfección y el provecho de una persona está en hacer perfectamente la voluntad de Dios (...). Dichosos seríamos si consiguiéramos introducir así nuestro corazón

dentro del de Dios, unir de tal forma nuestros deseos, nuestra voluntad a la suya, de modo que formen un solo corazón y una sola voluntad: querer lo que Dios quiere, quererlo en el modo, en el tiempo y en las circunstancias que él quiere, y querer todo eso únicamente porque Dios así lo quiere».

Pero otro elemento caracteriza el ministerio de nuestro santo: la atención a los últimos, en particular a los presos, que en Turín durante el siglo XIX vivían en en lugares inhumanos e inhumanizadores. También en este delicado servicio, llevado a cabo durante más de veinte años, Cafasso fue siempre el buen pastor, comprensivo y compasivo: cualidad percibida por los reclusos, que acababan por ser conquistados por ese amor sincero, cuyo origen era Dios mismo. La simple presencia de Cafasso hacía el bien: serenaba, tocaba los corazones endurecidos por las circunstancias de la vida y sobre todo iluminaba y sacudía las conciencias indiferentes. En los primeros tiempos de su ministerio entre los encarcelados, a menudo recurría a las grandes predicaciones, a las que asistían casi todos los reclusos. Con el paso del tiempo, privilegió la catequesis menuda, impartida en los coloquios y en los encuentros personales: respetuoso de las circunstancias de cada uno, afrontaba los grandes temas de la vida cristiana, hablando de la confianza en Dios, de la adhesión a su voluntad, de la utilidad de la oración y de los sacramentos, cuyo punto de llegada es la Confesión, el encuentro con Dios hecho para nosotros misericordia infinita. Los condenados a muerte fueron objeto de cuidados humanos y espirituales especialísimos. Acompañó al patíbulo, tras haberlos confesado y administrado la Eucaristía, a 57 condenados a muerte. Los acompañaba con profundo amor hasta el último aliento de su existencia terrena.

Murió el 23 de junio de 1860, tras una vida ofrecida totalmente al Señor y consumada por el prójimo. Mi predecesor, el venerable siervo de Dios Papa Pío XII, el 9 de abril de 1948, lo proclamó patrono de las cárceles italianas y, con la exhortación apostólica *Menti nostrae*, el 23 de septiembre de 1950, lo propuso como modelo a los sacerdotes comprometidos en la confesión y en la dirección espiritual.

4. Su iniciador en la vida espiritual: Don Juan Calosso

“Lo quise más que a un padre”. Don Bosco

Juan Calosso

En don Calosso, Juan, un adolescente de 15 años, encontró al buen padre que había estado necesitando y deseando hacía mucho tiempo. Don Calosso tenía la suficiente experiencia psicológica para comprender el problema de Juan, quien, a esa edad, se hallaba en medio de la crisis de su adolescencia. Por otra parte, el bueno pero probablemente desilusionado sacerdote, vio en la vocación de Juan la oportunidad de hacer algo digno de valor y que llenara su ancianidad. Una relación profunda y mutua floreció de inmediato. Don Bosco se expresa en los términos más enfáticos: “Don Calosso se convirtió para mí en un ídolo. Le quería más que a un padre, rezaba por él, le servía con todo gusto”.

Claramente, Don Calosso había decidido proveer a la educación de Juan y pretendía tomar las medidas oportunas en caso de su muerte. Más decisivo fue que iniciara a Juan en la vida espiritual. Don Bosco escribe: “Conocí entonces el significado de un guía fijo, un amigo fiel del alma que hasta entonces nunca había tenido”. No es extraño, por tanto, que la muerte de Don Calosso

resultara tan traumática para él. Escribe: "La muerte de Don Calosso representó para mí un desastre irreparable. Lloraba sin consuelo por el bienhechor difunto. Cuando estaba despierto, pensaba en él; dormido, soñaba con él".

Juan Melchor Calosso había nacido en Chieri en 1760. Un tío suyo sacerdote fue probablemente el responsable de que Juan y su hermano Carlos Vicente entraran en el seminario de Turín en 1775. Fue ordenado sacerdote en 1782. En 1791 fue nombrado párroco de Bruino, en Turín.

En diciembre de 1812 un grupo de notables jacobinos anticlericales de la ciudad sobornaron a unos feligreses suyos para que lo acusaran de "inmoralidad abominable". Pero en una carta fechada en enero de 1813, una parroquiana testificó sobre el carácter moral, buen ejemplo y celo pastora de don Calosso e insistía en que las acusaciones calumniosas contra él estaban perpetradas por personas que deseaban que se marchara de la parroquia. Ante tan injustas acusaciones, don Calosso renunció a la parroquia y se retiró a la vida privada.

Poco se sabe qué hizo durante algunos años, aunque se supone que estuvo ayudando a su hermano, Carlos Vicente, en la parroquia de Berzano San Pedro. En el verano de 1829 tomó el cargo de capellán de la Capilla San Pedro en Morialdo.

Juan Bosco se encontró con Don Calosso al principio de noviembre de ese mismo año, poco después de volver de la granja Moglia, con ocasión del sermón del Jubileo. Juan fue su alumno y protegido, viviendo y estudiando con él cerca de un año. Don Calosso murió poco después, el 21 de noviembre de 1830.

LECTURA 3:

LOS SANTOS DE DON BOSCO Y SU CONTRIBUCIÓN A UNA VISIÓN TEOLÓGICA MÁS OPTIMISTA³

En los años del Convictorio don Bosco profundizó en la espiritualidad de tres grandes santos que tienen en común con don Cafasso un humanismo optimista y una profunda caridad pastoral, y dejaron una huella positiva en don Bosco:

- S. Francisco de Sales (1567-1622). Su figura estaba muy presente en Turín y en todo el Piamonte, pues era de Saboya, y Turín había sido capital de Saboya, antes de pasar esta a Francia. La dulzura, mansedumbre y caridad pastoral del obispo de Ginebra fueron el modelo en el trato con los jóvenes, hasta el punto de dar nombre a su Congregación. Don Bosco lo comenzó a estudiar en Chieri; pero, sobre todo, lo asume como modelo en el Convictorio. El primer Oratorio de Valdocco llevará su nombre, y desde 1854 se llama salesianos al grupo que será el germen de la fundación oficial de la Congregación en 1859 (Alburquerque, 2007, 2012; Jiménez, 1994).
- S. Felipe Neri (1515-1595). Apóstol de Roma y fundador de la Congregación del Oratorio. Nos consta que don Bosco admiraba a San Felipe Neri y conocía su trabajo con los chicos de las calles romanas, su apostolado en favor de los pobres y necesitados, su devoción a la Eucaristía y sus horas dedicadas a confesar. Don Bosco repetía con frecuencia la máxima "Un santo triste es un

³ Extracto del artículo "La teología y moral que aprendió el joven Juan Bosco y la influencia en su obra" de Jesús Rojano, SDB, licenciado en Filosofía y doctor en Teología Pastoral. Profesor en el centro de enseñanza superior Don Bosco. Director de la revista *Misión Joven*.

triste santo”, atribuida a Felipe Neri, y le cita en el Sistema Preventivo en la educación de la juventud:

Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos son medios eficacísimos para conseguir la disciplina y favorecer la moralidad y la salud... “Haced lo que queráis”, decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri; a mí me basta con que no cometáis pecados (Bosco, 1979, p. 563).

Toda una pedagogía de la alegría (Desramaut, 1994, pp. 150-153), que habría venido muy bien a los seminaristas Comollo y Bosco. En 1849 un periódico de Turín, *Il Conciliatore*, llamaría precisamente a don Bosco «el nuevo Felipe Neri» (Alburquerque, 2012, p. 38). Como dato anecdótico, recordemos que en 2012 se estrenó en las salas españolas de cine comercial una película, *Prefiero el paraíso*, sobre san Felipe Neri. En ella, el Felipe Neri que recorre las calles de Roma en el siglo XVI se parece mucho al don Bosco de Turín.

- S. Alfonso María de Liguori (1697-1789) y su pastoral de la benignidad. Este santo napolitano desarrolló una intensa actividad sacerdotal, especialmente en las misiones populares. En 1732 fundó la Congregación Misionera del Santísimo Redentor (Redentoristas). Su dedicación teológica abarca obras de espiritualidad y de teología moral. Fue canonizado en 1839, proclamado Doctor de la Iglesia en 1871 y patrono de confesores y moralistas en 1950.

En San Alfonso hubo una evolución: esta fue “el fruto maduro de un rigorismo, el propio de la formación de

seminarista, que abandonó poco a poco gracias a una auténtica conversión a la benignidad" (Vilanova, 1992, p. 318; Vidal, 1988). Además, "su propuesta es el fruto de una experiencia pastoral que las misiones populares y el dilatado tiempo de confesionario le proporcionaron" (Vilanova, 1992, p. 318). Por eso "su mérito se centrará en la sensibilidad pastoral, en busca de una solución atenta a las exigencias del Evangelio y respetuosa hacia la persona humana" (p. 319). Salvando las distancias, creemos que se dio una evolución similar en el joven sacerdote Juan Bosco. Por eso creemos que don Cafasso, al guiarle espiritualmente, le lanza a la praxis pastoral, con el consiguiente acercamiento a posturas compasivas.

En el Piamonte san Alfonso y los redentoristas ejercieron un influjo espiritual decisivo sobre la moral, favoreciendo la superación de las actitudes rigoristas en la praxis sacramental (Desramaut, 1994, pp. 42-45).

Años después, don Bosco recomendará a sus chicos la confesión y comunión frecuente (Giraud, 2012, p. 26). Así consta en las biografías de jóvenes modélicos del Oratorio que escribió, (Bosco, 2012): Domingo Savio (1859), Miguel Magone (1861) y Francisco Besusso (1864).

De San Alfonso tomaría, además, elementos de devoción a la Virgen María y su estructuración de la vida religiosa (Desramaut, 1994, pp. 42-44).

También admiró mucho don Bosco la caridad activa del francés San Vicente de Paúl aunque no tenemos espacio para extendernos sobre ello.

LECTURA 4:

A SU TIEMPO LO COMPRENDERÁS TODO.

A la edad de 9 años tuve un sueño que quedó profundamente grabado en mi mente para toda la vida. En el sueño, me pareció encontrarme cerca de casa, en un terreno muy espacioso, donde estaba reunida una muchedumbre de chiquillos que se divertían. Algunos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me lancé inmediatamente en medio de ellos, usando los puños y las palabras para hacerlos callar.

En aquel momento apareció un hombre venerando, de aspecto varonil y noblemente vestido. Un blanco manto le cubría todo el cuerpo, pero su rostro era tan luminoso que no podía fijar la mirada en él. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme a la cabeza de los muchachos, añadiendo estas palabras:

No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte ahora mismo, pues, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Aturdido y espantado, repliqué que yo era un niño pobre e ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos muchachos; quienes, cesando en ese momento sus riñas, alborotos y blasfemias, se recogieron en torno al que hablaba.

Sin saber casi lo que me decía, añadí:

—¿Quién sois vos, que me mandáis una cosa imposible?

—Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

–¿En dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

–Yo te daré la maestría bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

–Pero ¿quién eres tú que me hablas de esta manera?

–Yo soy el hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

–Mi madre me dice que, sin su permiso, no me junte con los que no conozco. Por tanto, dime tu nombre.

–El nombre, pregúntaselo a mi Madre.

En ese momento, junto a Él, vi a una mujer de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada punto de este fuera una estrella muy refulgente. Contemplándome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, hizo señas para que me acercara a Ella y, tomándome bondadosamente de la mano, me dijo:

–Mira.

Al mirar, me di cuenta de que aquellos chicos habían escapado y, en su lugar, observé una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchos animales.

–He aquí tu campo, he aquí donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto; y cuanto veas que ocurre ahora con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos.

Volví entonces la mirada y, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos que, saltando y balando, corrían todos alrededor como si festejaran al hombre aquel y a la señora.'

En tal instante, siempre en sueños, me eché a llorar y rogué al hombre me hablase de forma que pudiera comprender, pues no sabía qué quería explicarme. Entonces, Ella me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome: "A su tiempo lo comprenderás todo". Dicho lo cual, un ruido me despertó; y todo desapareció.

Sac. Giovanni Bosco

LA ESPIRITUALIDAD EN EL SUEÑO DE LOS 9 AÑOS

Toda la vida de Don Bosco gira en torno a Dios; y gira también en torno a María. Desde niño, Jesús y María están siempre presentes en su vida. Jesús aparece ya en el sueño de los 9 años y le señala como debe actuar: "... No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte ahora mismo, pues, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud".

Le señala, asimismo, quién será la "maestra" dispuesta a guiarle en la misión que Dios le confía. De su mano funda la Congregación Salesiana, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y los Salesianos Cooperadores.

María, como madre amorosa, le señala: "He aquí tu campo, he aquí donde tienes que trabajar".

Para Don Bosco, Ella es la fundadora y sostenedora de sus obras; "Ella lo ha hecho todo". La Familia Salesiana se siente carismáticamente "familia mariana". Nace de la solicitud materna de la Inmaculada Auxiliadora.

Actividades

1. A partir de la experiencia de la *"amicizia"* que nació de la inquietud de los jesuitas y generó todo un gran movimiento espiritual, ¿qué experiencia podemos ofrecer para potenciar la vida espiritual en nuestra sociedad y animar al clero, los laicos y especialmente los jóvenes al camino de la santidad?
2. ¿Que nos dice el camino espiritual de don Bosco? ¿Qué nos dice a nosotros?
3. ¿Quiénes son las personas significativas por las que Dios está buscando guiar mi vida?
4. ¿En mi vida estoy experimento el dinamismo de crecimiento espiritual que caracterizó a don Bosco?
5. Compartir en grupo:
Comparte en grupo algunas de las respuestas que has obtenido en el trabajo
6. Compromiso:
De manera personal y grupal los participantes asumen compromisos (mirada hacia el futuro). Trabajan primero el compromiso personal y luego se reúnen por grupos para redactar.
7. Compartir en grupo. Segundo momento
8. Presentación del compromiso grupal
9. Explicación del siguiente encuentro
10. Evaluación
11. Oración final

Raíces de La Espiritualidad Salesiana **San Juan Bosco**

Objetivos	1
Lecturas previas	
Lectura 1 "Las raíces de la espiritualidad de don Bosco"	2
Lectura 2 "Los maestros de don Bosco"	48
Lectura 3 "Los Santos de don Bosco y su contribución a una visión teológica más optimista"	58
Lectura 4 "A su tiempo lo comprenderás todo"	61
La espiritualidad en el sueño de los nueve años	64
Trabajo persona	65



**Salesianos
Perú**